

EL LADO OCULTO DE LA LUNA PSICOLOGICA

Hay en nosotros mismos, una parte oculta de nuestro propio Ego que nunca se ve a simple vista. Así como la Luna tiene dos aspectos: uno que se ve, y hay el lado oculto, así también hay en nosotros un lado oculto que nunca vemos.

Ante todo, quiero que entiendan ustedes que así como hay una Luna física que nos ilumina, existe también la Luna Psicológica. Esa Luna Psicológica es el Ego, el Yo, el mí mismo, el sí mismo.

El lado visible, todo el mundo con un poquito de observación lo ve, pero hay un lado oculto que a simple vista no se ve; la Esencia, desafortunadamente, no ha iluminado la parte oculta de nuestra propia Luna interior.

Realmente, nosotros vivimos en una pequeña zona de nuestra Conciencia; nos hemos forjado un retrato de nosotros mismos, pero un retrato no es la totalidad. Cuando logramos que la Conciencia penetre como un rayo de luz en ese lado invisible, entonces ese lado oculto de nosotros mismos, el retrato que nos hayamos forjado, se desintegra, queda reducido a polvareda cósmica.

Es lamentable que sólo vivamos en una pequeña fracción de sí mismos; lo que de nosotros ignoramos es muchísimo, el lado oculto que desconocemos suele ser muy profundo, pero necesitamos conocerlo, y sólo podremos conocerlo proyectando la luz de la Conciencia sobre ese lado oculto.

Y es importante ese lado oculto, porque es precisamente en ese lado oculto donde están las causas de nuestros errores: las innumerables reacciones mecánicas, nuestras mezquindades, etc. En tanto nosotros no hayamos iluminado ese lado oculto con los rayos de la Conciencia, obviamente estaremos muy mal relacionados, no solamente con nosotros mismos, sino también con los demás.

Cuando uno ilumina ese lado oculto de su Luna Psicológica con los

rayos de la Conciencia, conoce sus errores, entonces sabe ver a los demás; pero cuando uno no ilumina con su Conciencia ese lado oculto de sí mismo, comete el error de proyectarlo sobre las gentes que nos rodean, y eso es gravísimo. Proyectamos sobre las gentes todos nuestros defectos psicológicos, y si somos mezquinos, a todos los veremos mezquinos; y si estamos llenos de odio, a todos los veremos en esa forma, si somos envidiosos, creemos que los otros son también envidiosos; y si somos violentos, no sabremos comprender la violencia ajena, creemos que sólo nosotros tenemos la razón y que los demás no la tienen.

Cuando sentimos antipatía por alguien, es claro que allí está precisamente el defecto que interiormente llevamos, y que lo estamos proyectando sobre ese alguien. ¿Por qué nos causa antipatía tal o cual persona? ¿Por qué le vemos tal o cual defecto que nos molesta tanto? Aunque parezca increíble, aunque no lo admitamos, aunque lo rechazemos, la verdad es que ese defecto lo tenemos adentro y que lo estamos proyectando sobre el prójimo.

Cuando lo comprende, entonces se propone disolver el elemento que ha descubierto, y si uno ve que el prójimo tiene tal o cual defecto, seguro está que en el lado oculto que uno no ve (el lado oculto de uno mismo), se haya el defecto en cuestión.

Así pues, es lamentable que nosotros estemos tan mal relacionados con la gente. Desgraciadamente, como quiera que estamos mal relacionados con nosotros mismos, pues tenemos que estarlo con los demás; si sabemos relacionarnos con nosotros mismos, sabremos también relacionarnos con los demás; eso es obvio.

A medida que avanza uno en esto, puede darse cuenta de cuan equivocado anda por el camino de la vida. Protesta uno porque otros no son cuidadosos, y uno sí lo es; creemos que los demás andan mal porque no son cuidadosos, y uno que sí es cuidadoso se molesta contra alguien porque no lo es. Si uno observa en detalle, se dará cuenta que ese no es cuidadoso, ese defecto que uno ve en otro, lo tiene muy sobrado en sí mismo, en el lado desconocido de sí mismo. El que se crea muy cuidadoso, puede suceder que no es tan cuidadoso como cree, y sí hay desorden dentro de sí mismo, que ignora y que no acepta, no cree ni entiende.

Vale la pena conocer ese lado desconocido de sí mismo; cuando uno de verdad proyecta la luz de la Conciencia sobre ese lado de sí mismo, desconocido (cambia totalmente).

Descubrir que uno es violento, por ejemplo, entonces aprende a tolerar la violencia de los demás; se dice a sí mismo: "Yo soy violento". Entonces, ¿por qué critico a aquel que es violento, si lo soy? Cuando uno comprende que realmente es injusto consigo mismo, carga la injusticia en sí mismo, aprende a tolerar la injusticia en los demás.

Se nos ha dicho, en la Gnosis, que "debemos aprender a recibir con agrado las manifestaciones desagradables de nuestros semejantes", mas no podría uno llegar a recibir con agrado las manifestaciones desagradables, si no las conoce, y para conocerlas debe lanzar un rayo de luz sobre ese lado obscuro de sí mismo.

Obviamente, en ese lado que no ve, están en verdad las manifestaciones desagradables que interiormente carga y que proyecta sobre los demás. Así que, cuando uno conoce sus propias manifestaciones desagradables, pues aprende a tolerar las manifestaciones desagradables del prójimo.

Obviamente, para poder cristalizar uno en sí mismo el Cristo Cósmico, necesita inevitablemente aprender a recibir con agrado las manifestaciones desagradables de los demás, y así, poco a poco, va cristalizando, en sí mismo, al Señor de Perfección.

Así pues, hay que entender que el Señor de Perfección sólo cristaliza en nosotros a través del Santo Negar.

Hay tres fuerzas en nosotros, muy importantes. La primera es el Santo Afirmar, la segunda es el Santo Negar, y la tercera el Santo Conciliar.

Para cristalizar, por ejemplo, al Santo Conciliar, la tercera fuerza, la del Espíritu Santo, la fuerza neutra, se necesita transmutar la energía creadora, y aquella fuerza maravillosa viene a cristalizar en los Cuerpos Existenciales Superiores del Ser. Para cristalizar en sí mismo la segunda fuerza, la del Señor de Perfección, la del Bendito, la de Nuestro Señor el

Cristo, se necesita inevitablemente aprender a recibir con agrado las manifestaciones desagradables de nuestros semejantes, y para cristalizar en sí mismo la primera fuerza, la del Santo Afirmar, se necesita saber obedecer al Padre, "así en los Cielos como en la Tierra".

El Sagrado Sol Absoluto, del cual dimana toda vida, quiere cristalizar en cada uno de nosotros, esas tres fuerzas primarias de la Naturaleza y del Cosmos: Santo Afirmar, Santo Negar y Santo Conciliar.

Concretándonos solamente a la cuestión del Santo Negar, del Cristo, necesitamos negarnos a sí mismos, repito: aprender a recibir con agrado las manifestaciones desagradables de nuestros semejantes. Pero, ¿cómo, si antes no hemos conocido nuestras propias manifestaciones desagradables?

Si por ejemplo tenemos ira, sabemos que la tenemos, si nos hemos hecho conscientes de que somos berrinchudos, enojones, peleones, iracundos, furiosos, si nos hemos hecho conscientes de ello, comenzamos a dispensar esos mismos errores en los demás, y como consecuencia nos relacionaremos mejor con el prójimo.

Los que tenemos envidia y reconocemos que la tenemos, que la cargamos en el lado oculto de nuestra Luna Psicológica, aprendemos a perdonar las manifestaciones desagradables de la envidia, tal como existen en otras personas. Si estamos llenos de orgullo, y sabemos que lo tenemos; sabemos que somos orgullosos, que estamos engreídos, y reconocemos que lo somos, entonces aprendemos a mirar, pues, a los orgullosos con más comprensión; ya no nos atreveremos a criticar, sabremos que dentro cargamos esos mismos defectos.

Si un hombre se siente honrado, se siente incapaz de mentir, de pronto sucede que lo ofenden llamándolo mentiroso; obviamente, si no ha aceptado que en el lado oculto de su Luna Psicológica, en ese lado que no se ve, en el lado oculto de sí mismo existe todavía la mentira en forma inconsciente, no se sentirá ofendido cuando se le diga mentiroso, sabrá ser tolerante con el prójimo.

Muchos podrán creerse muy liberales en su forma de ser, muy justos, mas si de pronto hay alguien que les dice que no lo son, que no son tan

liberales ni tan justos, podrían ofenderse, porque ellos se sienten siendo justos y liberales. Pues si ellos han aprendido a proyectar, previamente, su Conciencia sobre el lado oculto de sí mismos, sobre ese lado oculto que jamás se ve, entonces vienen a reconocer, por sí mismos, directamente, que no son tan justos ni tan liberales como pensaban, que en el fondo de todos ellos hay injusticia, hay intolerancia, etc.; cuando alguien intente herirlos en ese sentido, no se inquietan, pues saben que les están diciendo la verdad.

Resulta, pues, muy importante mirar ese lado oculto de sí mismos, ese lado que no se ve, ese lado donde está la crítica, la censura.

Seamos sinceros, miremos hacia adentro; autoexplorémonos, iluminemos esa parte oculta de nuestra propia psiquis, esa parte que no se ve: veremos que los defectos que a otros estamos criticando, los tenemos muy adentro, en sí mismos; entonces, cuando eso sea, dejaremos de criticar. La censura, la crítica, se deben precisamente, a la falta de comprensión.

¿Qué censuramos en otros, qué criticamos a otros? Nuestros propios defectos; eso es lo que estamos criticando. ¿Cómo los proyectamos? Triste es saber que nosotros proyectamos nuestros defectos psicológicos sobre los demás, triste es saber que los vemos tal como somos nosotros (es algo que hay que entender).

Todos tenemos una tendencia, nos creemos perfectos, nunca se nos ha ocurrido mirar esa parte de la Luna, de nuestra Luna Psicológica, esa parte que no se ve jamás.

Ha llegado la hora, pues, de autoexplorarnos seriamente, para conocernos de verdad. Iluminando de verdad esa parte oculta de sí mismo, el lado invisible que lleva en su interior, descubre con horror factores psicológicos que en modo alguno aceptaría tener, factores que rechazaría de inmediato, factores que cree no tener.

Si a un hombre honrado, por ejemplo, se le dice ladrón, es una ofensa. ¿Por qué se ofenderá un hombre honrado si se le dice ladrón? El ofendido podría apelar a la violencia para justificarse. El hecho mismo de que un hombre honrado se ofenda cuando se le dice ladrón, demuestra que no es honrado. Allí está el "quid" de la cuestión: si en verdad fuera honrado, no se

ofendería porque le digan ladrón; si se ofende, no es honrado. Si ese hombre, por ejemplo, iluminara con su propia luz de su Conciencia, esa parte de sí mismo que no se ve, esa parte oculta de su Luna Psicológica, con horror descubriría lo que no quiso aceptar: descubriría Yoes del robo, ladrones (¡qué horror, imposible!); pero así es, en nosotros están y ni remotamente sospechamos, que rechazamos, de ninguna manera aceptamos, y nos horroriza, y sin embargo en el fondo los tenemos. ¡Horrible, pero así es!

Yo vi, cuando estaba en el trabajo de la disolución del Yo en el Mundo de las Causas, fui sorprendido: nunca pensé que tuviera dentro, de mi interior, Yoes del robo (y encontré toda una legión de Yoes ladrones). ¡Imposible, yo nunca le robo a nadie ni cinco centavos!, ¿cómo va a ser posible que aparezcan Yoes del robo allá adentro? Pues imposible o no imposible, aunque rechazara, ahí estaban; gustara o no me gustara, ahí estaban. Les advierto que en el terreno de la vida práctica, alguien podría dejar un tesoro de oro puro, yo no sacaría ni una sola moneda; aunque dicho está que "en el Arca abierta, hasta el mas justo peca", pero por ese lado yo estoy seguro de no fallar; ni dejándome oro en polvo lo sacaría, ni un miligramo de oro. Sin embargo, con cuánto dolor descubrí que allá en el fondo, existían Yoes del robo. Cuando observaba con el sentido de la autoobservación psicológica, los veía huyendo (el ladrón que roba y huye despavorido): ¡horribles caras del robo! Quedé horrorizado de mí mismo, pero no tengo ningún inconveniente en confesarlo, porque si no lo confesara, sería señal de que todavía estarían vivos esos Yoes, allá adentro.

El hipócrita tiene la tendencia a ocultar sus propios defectos. Así pues, que no tengo ningún inconveniente en confesarlo: tenía esa clase de Yoes; aún llevando una vida honrada, los tenía; aún pagando las deudas ajenas, los tenía. ¿Qué me tocó? ¡Desintegrarlos, reducirlos a polvareda cósmica, y eso me causó horror!

Sí, hermanos: dentro de uno, en su interior, en ese lado oculto que no ve, de sí mismo, lleva monstruosidades inenarrables, indescriptibles.

Así, quien se lava las manos diciendo: "Yo soy un hombre bueno, yo no le robo a nadie ni cinco centavos, he hecho muchas obras de caridad, soy buen esposo, buen padre de familia, buen hijo, no mato, no robo, no le quito

la mujer al prójimo, entonces yo soy un santo", esos que hablan así, son candidatos seguros para el abismo y la Muerte Segunda, son casos perdidos.

Ninguno de nosotros se crea santo, porque en el lado oculto de sí mismo, en ese lado que no se ve, carga monstruosidades inenarrables, horripilantes, que ni remotamente sospecha.

Desgraciadamente la gente, no vive sino en una pequeña parte de sí mismas; no ve la totalidad del cuadro, solamente ve un rincón, y se ha forjado cada cual sobre sí mismo un retrato: el retrato del hombre honorable, el retrato del caballero caritativo, etc. De acuerdo con ese retrato condicionamos nuestra existencia, y de allí accionamos y reaccionamos incesantemente; allí están todas sus mezquindades, sus censuras, críticas, pero él se cree perfecto.

Bien vale la pena reflexionar un poco en estas cosas, en ese lado oculto de sí mismo, tener el valor de verlo. Todo el mundo lo sospecha, pero nadie se atreve a ver de verdad, cara a cara, ese lado oculto de sí mismo, donde están precisamente los factores que producen discordia en el mundo, donde están la censura, crítica, violencia, envidia, etc.

La envidia, por ejemplo, convertida, dijéramos, en la mecánica de esta civilización, ¡cuán inevitable es eso! Si alguien tiene un carrito, y de pronto ve que otro pasó con un carro más hermoso, dice: "Hombre, yo tengo ganas de mejorar un poco; voy a ver si me consigo un carrito mejor". Después, ¿se le ocurre saber por qué anhela otro mejor? ¡Sencillamente por envidia! Esa envidia está allá, en el lado oculto que no se ve, en el lado oculto de nuestra propia Luna Psicológica. Obviamente se ha convertido, repito, en el resorte secreto de la acción, y eso es realmente lamentable.

Cuando nosotros vayamos progresando en la autoexploración psicológica, nos iremos haciendo cada vez más conscientes de sí mismo, y eso es lo mejor.

Ha llegado la hora de entender que en tanto nosotros no conozcamos ese lado oculto de sí mismos, estaremos mal relacionados con el prójimo; es necesario aprender a relacionarnos mejor con nosotros mismos, para poder relacionarnos mejor con los demás. ¿Cómo podríamos relacionarnos bien

con el prójimo, cuando ni siquiera nos hemos relacionado bien consigo mismos?

En el trabajo sobre sí mismo hay pasos muy difíciles. Sucede que cuando trabajamos sobre sí mismos, cambiamos, obviamente, al cambiar, somos mal interpretados por nuestros semejantes. Sucede que nuestros semejantes no quieren cambiar, ellos viven embotellados en el tiempo, son el resultado de muchos ayeres, y si nosotros cambiamos, ellos gritan y protestan, y nos juzgan equivocadamente; todo esto debe saberlo el estudiante gnóstico.

En el mundo se han escrito muchos códigos de moral, pero, ¿qué cosa es la moral?, ¿serviría acaso para la disolución del Yo?, ¿podrá iluminarnos ese lado oculto de sí mismos, ese lado que no se ve?, ¿podrá conducirnos a la santificación, o qué? ¡Nada de eso! La moral es hija de las costumbres, del lugar y de la época; lo que en un lugar es "moral", en otro lugar es "inmoral"; lo que en una época fue "moral", en otra época dejó de serlo. Así pues, ¿en qué quedamos, en qué queda la moral? En la China antigua, matar a su padre era justo, cuando ya éste estaba demasiado anciano e incapaz de bastarse a sí mismo. ¿Qué diríamos nosotros aquí si un hombre mata a su padre? ¡Parricida!, ¿verdad? Así pues, la moral es esclava del lugar, de las costumbres y de la época. Repito, entonces, ¿de qué sirven los códigos de moral que en el mundo se han escrito, de qué sirven tan brillantes códigos? ¿Podrían ellos disolver el Yo? ¿Podrían iluminar la cara oculta de nuestra Luna Psicológica? ¡Nada, no sirven! En el camino este de la disolución del Yo, a simple vista pareceríamos "inmorales".

¿Qué clase de moral necesitamos entonces seguir? ¿Cuál, si no sirven los códigos? ¿Entonces qué? Hay un tipo de ética que los tibetanos un día, condensaron en los Paramitas. Lástima que Los Paramitas no pudiesen ser traducidos, pues, al lenguaje occidental; los he buscado y no los he hallado. Ética real, luego, ¿quién lo entiende? Tal vez ustedes lo entiendan, tal vez no.

Si ustedes cambian, puede suceder que la gente se vuelva en contra de ustedes. Si alguien de ustedes cambia, puede suceder que todos los que aquí estamos, lo estemos señalando como inmoral, como malvado: "¡Vean lo que ha hecho!". Es decir, surge la censura, y es que la gente quiere que el

Iniciado permanezca embotellado en el pasado, de ninguna manera que el Iniciado surja a lo nuevo, que cambie. Cuando el Iniciado cambia, es mal interpretado, juzgado equivocadamente.

Así que, el Ego es tiempo, y el Ego ajeno no puede tolerar que alguien se salga del tiempo, no lo perdona de ninguna manera. A mí me corrieron de mi propia casa paterna, porque resolví cambiar; me tenían demasiado atormentado, la regla de los maestros llovía sobre mí, incesantemente; los jalones de oreja, los golpes en la cabeza, porque no dominaba aquellas materias que para ellos eran muy fundamentales, cosas que para ellos son fáciles, y se enorgullecen de tener esas cosas. Además me corrieron de mi propia casa paterna, y me corrieron de la escuela, me corrieron de todas partes. Conclusión: yo era una calamidad, sencillamente porque estaba cambiando, yo no quería seguir metido en el tiempo; entonces se me condenaba como "hereje", "malvado", "terrible", hasta me perseguían para darme muerte, "enemigo número uno de la religión ortodoxa". Conclusión: me coloqué, como dice un dicho por ahí: "fuera de onda". No podían perdonarme que me saliera, pues, del "chacal", y no me lo perdonaban.

Aquí mismo estamos todos reunidos: si uno de ustedes quiere cambiar, puede estar seguro que todos los demás le criticarán, y estamos aquí, en pleno Lumisial, pero queremos que hasta el mismo Maestro camine de acuerdo con ciertas normas pre establecidas en el tiempo. Yo les aseguro que ustedes no mirarían con agrado que yo me saliera de sus normas. Ustedes tienen sus normas, y si yo me salgo de esas normas, ¿entonces qué? Ya no mirarían con agrado eso; posiblemente dirían: "¡Vean lo que está haciendo; y es un Maestro! ¡Imposible ese no es un Maestro!" ¿Por qué? Porque quise salir del "jacal", porque no quiero seguir metido en sus normas, porque no quise seguir embotellado en el tiempo, porque no quise seguir encerrado en su códigos de moral.

Algunos de ustedes seguirán los Diez Mandamientos, que ya están estipulados, y de allí no salen ni a cañonazos; otros de ustedes siguen normas más o menos pre establecidas por sus familiares en el tiempo; algunos de ustedes siguen determinadas reglas de conducta que aprendieron en distintas escuelas pseudoesotéricas o pseudoocultistas, que oyeron de sus preceptores religiosos. Cuando alguien se sale, cuando alguien no se comporta de acuerdo con esas normas que ustedes tienen

establecidas en sus mentes, ese alguien para ustedes es un "indigno", un "malvado".

Veán ustedes cuán difícil es llegar uno a la autorrealización íntima del Ser; a medida que uno se va autoobservando psicológicamente, va eliminando esa cara oculta, va conociendo que en su interior hay factores que ignoraba, elementos que ni remotamente sospechaba.

Cuando disolvemos tales factores, se originan cambios (obviamente, se refleja sobre sus semejantes). Esos cambios son mal interpretados por el prójimo; de ninguna manera el prójimo puede aceptar que alguien no se comporte de acuerdo con las normas establecidas, de acuerdo con los códigos ya escritos, de acuerdo con los principios sentados.

Resulta que en el trabajo, muchas veces tenemos que volvernos "inmorales". Cuando hablo de "inmorales", hay que saber entender esto, ponerlo entre comillas y subrayarlo. Me estoy refiriendo, no estoy citando esta palabra en la forma en que ustedes la están entendiendo, en la forma negativa (quiero únicamente aclarar; esta palabra en el sentido edificante, o dignificante, en el sentido positivo, constructivo; en el sentido de que hay necesidad de evitar los códigos caducos, de cierta moralidad sin basamento sólido).

Por ejemplo, voy a llamar la atención a alguien porque ha llegado ya al final de la clase: "Eso no está correcto, has hecho un escándalo, hay que llegar siempre temprano, a la hora que empezamos; empezamos a las nueve de la noche".

Bueno, llegamos pues, a la conclusión de que la vía suele ser difícil, el camino angosto, estrecho, por lado y lado hay horribles precipicios (subidas maravillosas, bajadas horribles). Camino, pueden haber muchos caminos; estos lo conducen a uno al dominio de determinada zona del Universo, es decir, le convierten de hecho en un Cosmocrator, para hablar esta vez en sentido indostánico; otros lo llevan a determinados paraísos, caemos, nos traen de regreso a los sufrimientos de la Tierra, los otros al abismo y a la Muerte Segunda. Hay sendas que se escapan del camino central, con apariencias maravillosas de santidad, pero que conducen al abismo y a la Muerte Segunda. Es difícil no perderse, lo normal es que se pierdan,

muchas veces, por atenerse a un código de moral establecido, se pierden, caen en el abismo de perdición.

¿Entonces qué? ¿Cómo hacer? Autoobservarse psicológicamente, en forma incesante, y antes de censurar a otros, censurarse a sí mismos, y antes de ser violento con otros, autoexplorarse para conocer su propia violencia, su violencia íntima, que la carga aunque lo rechace y aunque piense que no la carga.

Si la gente viviera en una forma más consciente, entonces todo sería diferente. Desgraciadamente nosotros, como les he repetido tanto, nos hemos formado muchos retratos, porque sólo vivimos en una pequeña parte de sí mismos; cuando proyectamos nuestra Conciencia sobre esa parte que no se ve, los retratos dejan de ser alimentados y se vuelven polvareda cósmica.

¡Qué pequeños y deformes retratos nos hemos forjado de sí mismos; qué mezquinas, y qué lejos están esos retratos de lo que realmente somos, desgraciadamente!

Estaba pensando en voz alta, ustedes están formando parte de mis propias reflexiones.

¡Cuan mezquinos somos, y sin embargo ni remotamente sospechamos que somos mezquinos, que en el lado oculto de sí mismos, cargamos la mezquindad! A veces pensamos que si esos grupos esotéricos gnósticos caminaran mejor, seríamos más felices, incluso nosotros reclamáramos un mundo ideal para trabajar (si fuéramos a las montañas, a los valles más profundos, pareceríamos que así caminaríamos mejor). Mas, ¿de qué sirve encerrarnos en una cueva, cuando dentro de sí mismos cargamos todos esos factores que son envidia, lujuria, odio, etc., etc., etc.? No somos perfectos, perfecto solamente es el Padre; eso es obvio.

Hoy, aquí, veo a muchos hermanos reunidos, bueno, estoy abusando de la palabra "muchos": veo un pequeño grupo de hermanos reunidos. ¿Y están seguros, los aquí presentes, de constituir precisamente un núcleo de fraternidad, de amor y de belleza? ¿Nunca nadie de los aquí presentes, ha criticado a nadie?

Y cuando están en plena Asamblea, ¿se han tratado siempre con un amor nunca visto, jamás han disputado entre sí? Cada uno, ¿cómo ve a cada uno?

Aquí están todos reunidos, como "santitos". Sí, así es, pero en el fondo, ustedes tienen envidias, disputas, odios, críticas malsanas, etc., etc., etc. (no saben sin embargo). Cada cual ve el error en los demás, pero no lo ve en sí mismo; a nadie se le ocurre pensar que el error que está viendo en otros, lo carga dentro de sí mismo; eso no se le ocurre, son pocos los hermanos que saben reflexionar en estas cosas, son pocos los que saben entender.

¿Por qué quisiéramos nosotros algo ideal, un grupo ideal, un mundo ideal, donde nadie se odiara, donde todos fueran hermanos, donde todos se dedicaran únicamente al saber y al amor? ¿Por qué? ¿Hay razón para desear eso? En verdad que no la hay.

El grupo este, de tercera cámara, viene a simbolizar, viene a representar, precisamente a la vida de allá, a la vida que está fuera de esta cámara. Ustedes saben que la vida, el tren de vida, la humanidad en conjunto, está llena de terribles defectos; ustedes saben que esa multitud amorfa, que abunda por allí, está llena de ira, de codicia, de lujuria, de envidia, de orgullo, de pereza y de gula, etc., etc., etc. No es ideal, ¿verdad? ¡No, no lo es! Entonces este pequeño grupo, ¿por qué queremos que sea ideal? Este pequeño grupo representa a esa humanidad, a esos montones, a esos millones de personas que hay en el mundo. Aquí está, este pequeño grupo, con esos mismos errores que tienen las multitudes; entonces, en este pequeño grupo, hay una escuela maravillosa, hay un gimnasio magnífico.

¿Que el hermano tal dijo algo del hermano tal? El que dijo, en lugar de decirlo debe investigarse a sí mismo, mirar esa parte oculta de sí mismo, esa parte que no se ve, para ver por qué lo dijo, por qué censuró al prójimo.

¿Que la hermanita tal dijo algo de la otra hermanita tal? Bueno, en lugar de estar criticando esa hermanita a la otra hermanita, autoexplorarse para ver esa parte de la Luna que no se ve, y también seguro que el error que está viendo en la otra hermanita, seguro lo carga en esa parte oculta de sí mismo, en la parte que no se ve.

Sí eso lo sabemos aprovechar (precisamente, los defectos, los propios defectos de nuestros hermanos), sí en vez de estarlos criticando, los aprovechamos para el autodescubrimiento de sí mismo.

Este pequeño grupo es una escuela maravillosa, extraordinaria, donde está representada toda la humanidad; en este pequeño grupo hay un gimnasio precioso, necesario para el autodescubrimiento. Hay que aprovecharlo. Si un grupo fuera de perfectos, entonces no habría necesidad de que existiera este grupo, ¿para qué? Si todos llegaran a la perfección, ¿para qué formar este grupo? Este grupo existe porque no somos perfectos, por eso existe. Si fuéramos perfectos este grupo no existiría; los errores de nosotros, los errores de todos los hermanos, sumados entre sí, son los errores de la humanidad. Aquí está testificada, ejemplarizada: esta es una muestra de lo que es la humanidad. Aprovechemos, pues, esta muestra; aprovechemos esta escuela. En vez de censurar a nuestros hermanos, censurémonos a sí mismos el error que en otro hermano veamos (debe servirnos de ilustración para la Conciencia; nos permitirá saber que nosotros cargamos ese error en la parte oculta que no se ve). ¡Vean ustedes cuan útil es una escuela esotérica, una escuela de regeneración!

Es una escuela de regeneración, mas somos tontos cuando dejamos la escuela, cuando nos vamos de pinta, buscando una humanidad ideal. ¿Dónde la vamos a encontrar, en qué parte del Cosmos? Imposible, ¿verdad?

Hay una humanidad divina, sí, pero no es la humanidad corriente, no; me refiero en forma enfática al círculo consciente de la humanidad solar, a ese círculo que opera con los centros superiores del Ser; es la única humanidad que yo diría "ideal". ¿Cómo vamos a llamar "ideal" al hijo del vecino? ¿Cómo vamos a llamar "ideal" a Pedro, Pablo, Diego, Chucho, Jacinto y José? Sin embargo, todos los necesitamos; los errores del vecino, precisamente, son muy útiles para nosotros, podemos utilizarlos como indicación.

Si yo descubro que fulano de tal está lleno de envidia, pues debe ser un poquito reflexivo. Estoy censurando la vida de fulano de tal. El hecho de que esté censurando la envidia del hermano fulano de tal, indica que yo la

tengo en las profundidades de mi Conciencia, en esa parte que no se ve. Ahora bien, hay que saber quién es el que censura: ¿quién es el censor, cuál es el Yo de la crítica? Vale la pena que lo reduzcamos a polvareda cósmica.

Hasta aquí mi plática, mis queridos hermanos. Ahora, si ustedes quieren preguntar, pueden hacerlo con la más entera libertad.

P.- Maestro: respecto a las "Gorgonas", a los personajes gorgoicos, ¿qué nos podría decir?

R.- Las Gorgonas... ¿Qué quieres saber sobre las Gorgonas? ¿Acaso no habló el Virgilio, Poeta de Mantua en "La Eneida"? ¿No habló el Dante Alighieri en "La Divina Comedia"? ¿Qué quieres saber tú sobre las Gorgonas? Las Gorgonas, con sus venenos gorgoicos, no son otra cosa sino las Tres Furias, de que nos habla Virgilio en su Eneida.

Allí existen, allí están, sí. Ya les dije, las tres Furias. Ahí están, terribles en el esoterismo crístico. Podríamos llamarlas, a la primera "Judas", el Demonio del Deseo; a la segunda podríamos llamarla "Pilato", el Demonio de la Mente, y a la tercera podemos llamarla "Caifás", el Demonio de la Mala Voluntad. ¿Que las decapitó Perseo?, ¿la espada flamígera?, ¿quién lo hizo?

Ahora, lo que importa es que cada uno de nosotros decapite las tres Gorgonas que llevamos dentro; ellas pertenecen, precisamente, a ese lado oculto de sí mismo, a ese lado que no se ve. ¿Hay alguna otra pregunta, hermanos?

P.- Cuando usted mencionaba eso del "código moral", se me ocurre que puede existir el peligro de que convirtamos la Gnosis, las enseñanzas gnósticas, en un código moral. Si vamos de acuerdo a la verdad de la enseñanza y no comprendemos la enseñanza, no vivimos de acuerdo al bien de la enseñanza. ¿Puede existir ese peligro, también? ¿No es cierto?

R.- ¡Así es! Y veo que hay una marcadísima tendencia en todos los hermanos del Movimiento Gnóstico, a escribir códigos morales; todos tienen la tendencia de que esos códigos sean respetados; que todos quieren establecer códigos morales en el Movimiento, a fin de que la totalidad de los

hermanos se ajusten a esos códigos.

A la larga, esos códigos resultan absurdos, rancios, torpes; se convierten, en botellas entre las cuales queda la mente embotellada: entonces viene el fracaso en el trabajo de la disolución del Ego. Sucede que en este trabajo hay que hacer cosas que parecerían "inmorales"; que tiene uno que salirse a veces de ciertas normas, a las cuales todos están sometidos.

Sucede que cuando uno cree que va muy bien, va muy mal. Precisamente, cuando uno mejor va, es cuando los demás piensan que uno va mal. El camino es así: hay mucha virtud en los malvados, y hay mucha maldad en los virtuosos; hay peligros tremendos; uno puede meterse por un callejón que cree es correcto, y se aparta del Real Camino.

